

La sociedad de conocimiento globalizada y sus consecuencias epistemológicas, antropológicas, axiológicas y religiosas

-Marià Corbí-
CETR. Barcelona

Ponencia presentada en el Primer Coloquio Internacional. Diálogos: presente y futuro de las religiones y la espiritualidad, sus contextos en Europa y América Latina. 22-26 de marzo, 2011. Guadalajara (México). Organizan: Universidad de Guadalajara, ITESO, UNIVA, Colegio de San Luís y CETR

Resumen

Una serie de grandes transformaciones en los modos de vida de España y de Europa Occidental han tenido graves consecuencias en lo más hondo de nuestras concepciones culturales. Las grandes transformaciones, a nuestro juicio, son: el hundimiento completo de las sociedades preindustriales y la emigración masiva del campo a la ciudad, la generalización de la industria, el asentamiento de las sociedades de conocimiento, innovación y cambio continuo y la globalización. Las consecuencias son: el desmantelamiento axiológico de individuos y colectivos, la crisis de la epistemología mítica, el cambio de la antropología y la crisis mortal de las religiones. Para manejar esta difícil situación contamos con dos potentes auxiliares: la epistemología axiológica y la intensificación del cultivo de la cualidad humana profunda.

Palabras clave: Sociedad de conocimiento – crisis religiosa – epistemología mítica – antropología – cualidad humana profunda.

Las grandes transformaciones en curso

Este escrito pretende calibrar una serie de transformaciones producidas en España, en la Europa Occidental y en otros varios países, por causas económicas, históricas, y culturales, que, en nuestra opinión, tienen una tendencia expansiva inevitable. Las consecuencias de estas transformaciones son de todo tipo, pero especialmente son de carácter axiológico, antropológico, epistemológico, y religioso.

La primera y más grave es *el retroceso acelerado de los modos de vida preindustriales, o su desaparición completa*, al que se le añade las emigraciones masivas del campo a la ciudad. En esos milenarios modos de vida preindustriales se generaron y desarrollaron, se verificaron y corrigieron las maneras de interpretar y sentir el cosmos, el hombre y la dimensión honda y sagrada de la existencia. En esa larga etapa se formaron los sistemas de valores que nos han regido hasta hace pocas décadas y las grandes religiones.

La segunda gran transformación es *la generalización de la industrialización*. El crecimiento en esos países de las industrias y los servicios, ha empujado al constante retroceso de los modos de vida preindustriales, hasta hacerlos desaparecer. Ya nadie puede vivir como lo hicieron sus antepasados; eso fuerza a las gentes a tener que abandonar las maneras preindustriales de pensar, de sentir, de actuar, de organizarse, incluso familiarmente, y de vivir.

Los mitos, narraciones, símbolos y rituales en los que se expresaron y vivieron los antiguos sistemas de valores y la religión, estaban contruidos, estructurados y embebidos por las formas de pensar, sentir, actuar, organizarse y vivir preindustriales que han tenido que ser abandonadas.

Ya no podemos vivir bajo patrones patriarcales, jerárquicos, fundamentados en creencias intocables, reveladas, que excluían y bloqueaban los cambios de importancia. Nuestras formas de vida tienen que ser no patriarcales, democráticos, fundamentados en postulados y proyectos axiológicos contruidos por nosotros mismos que deben excluir todo lo que bloquee el cambio, porque se vive de la innovación constante.

Las religiones y sus sistemas de valores e interpretación, sin el humus de la sociedad que las vio nacer y las sustentó, languidecen y quedan exangües. El abandono de las religiones normalmente se inicia por el abandono de la práctica religiosa. La pretensión de los rituales es el recuerdo y la actualización colectiva e individual de los mitos y símbolos que sostienen las creencias y todo el edificio religioso; el alejamiento de la práctica ritual conduce irremediamente al alejamiento, sin vuelta atrás, de los mitos y de las creencias. Durante milenios, y por su estructura interna, los ritos han sido el sistema de sostenimiento y renovación de los mitos, símbolos y creencias de las religiones; dejarlos de practicar tiene consecuencias graves.

La tercera gran transformación es *la aparición y asentamiento de las sociedades de conocimiento, innovación y cambio continuo*. En este nuevo tipo de sociedades el continuo cambio de la interpretación de la realidad en todos sus niveles, provocado por el continuo crecimiento de las ciencias, arrastra, va precedido y acompañado por un continuo cambio de las tecnologías; estas transformaciones constantes de las tecnociencias conllevan cambios constantes en las formas de trabajar de los colectivos, en las formas de organizarse y en los sistemas de cohesión colectiva de valores y de fines. En estas sociedades todo cambia continuamente.

La innovación y el cambio es la clave del éxito económico de organizaciones y países. Quienes viven de cambiar deben excluir las creencias, tanto religiosas como laicas, porque fijan. Quienes para poder vivir y prosperar deben excluir las creencias, tienen que excluir también las religiones porque se expresan y viven desde las creencias. Excluir las religiones no comporta excluir la espiritualidad, la sabiduría milenaria de la que las religiones son portadoras. De hecho, la crisis de las religiones viene acompañada de un interés creciente por la espiritualidad, por la calidad humana profunda.

La cuarta gran transformación, consecuencia de las anteriores, es *la globalización*, de las tecnociencias, de las comunicaciones, de la economía y de los mercados, de los modos de vida, de vestir, de ocio, de costumbres. Esa globalización llega a todos los rincones de la tierra con efectos positivos, negativos, o ambos.

La globalización pone unas culturas junto a otras, unas religiones que se pretendían exclusivas y excluyentes junto a otras que tienen las mismas pretensiones. Ese roce forzado e inevitable las relativiza a todas, consciente o inconscientemente. Tampoco este efecto es evitable.

Esta situación, que se extiende a todos los rincones de la tierra, además de impedir a todos los pueblos vivir como lo hicieron sus antepasados, crea *un nuevo estado de conciencia generalizado*, también consciente o inconsciente pero real, de que todo nos lo construimos nosotros: nuestros saberes, nuestras

tecnologías, nuestros sistemas de valores y fines, nuestros modos de organización a todo nivel y nuestras religiones. Este estado de conciencia es enormemente corrosivo para la pretensión de las religiones y de sus sistemas de creencias. Así lo entienden, lo padecen y se lamentan las religiones.

Estas transformaciones en curso se asemejan a un *gran tsunami* que una vez levantado y puesto en marcha, no hay quien lo pare. Llega o llegará a todos los países, aunque con intensidades diversas, formas diferentes y con diferentes efectos. De este tipo de tsunami ningún pueblo y ninguna cultura o religión se escapará. Tardará más o menos en llegarle, y sus efectos devastadores serán mayores o menores, pero es preciso que todos los pueblos tomen las medidas adecuadas, si es que disponen ya de tiempo, para no ser arrasados por completo por él.

Consecuencias de esas grandes transformaciones

La primera consecuencia, la más evidente y la que más claramente estamos padeciendo en todos los países es el *desmantelamiento axiológico de nuestras sociedades*. El rápido retroceso o el hundimiento completo de las sociedades preindustriales, que fueron el humus que sustentó a las religiones, sus sistemas de valores y creencias; el crecimiento invasivo y acelerado de la industrialización; la rápida y desordenada urbanización de la población campesina en todos los países; la entrada de las sociedades de innovación y cambio continuo que, a través de los múltiples y eficaces sistemas de comunicación, extiende sus tentáculos a todas las sociedades de la tierra; y la globalización de todos los aspectos de la vida, con las concomitantes relativizaciones de lo que fueron pilares intocables de los pueblos; tenía que conducir al que, con toda probabilidad es el mayor desmantelamiento axiológico de la historia de nuestra especie, que es padecida, de una forma u otra, en la totalidad de la humanidad.

La crisis no es sólo religiosa, es también ideológica.

La social democracia, que trajo el estado del bienestar a los países europeos, está en una crisis generalizada. El movimiento político no ha perdido el ideal de justicia y equidad social, ni el de democracia, pero carece de proyecto colectivo válido para el nuevo tipo de sociedades. Ni tiene proyecto viable económico, ni social, ni de organización internacional, ni en las sociedades globalizadas hay capacidad de movimiento. Los partidos socialdemócratas están como envarados y sin poder establecer fronteras claras con sus adversarios políticos.

El capitalismo tampoco resulta ser una solución viable y válida. La que parece ser la ideología vencedora, en realidad también está derrotada. Le quedan tres procedimientos de organización útiles e indiscutibles, por el momento:

- la democracia para la organización de la sociedad, pero es una democracia no adaptada a los nuevos medios de comunicación y a la globalización de todas las cuestiones importantes a decidir;

- el mercado para organizar la economía, pero se carece de fórmulas para controlarlo sin ahogarlo;

- la libre iniciativa, pero también en este ámbito hay serias dificultades porque el conocimiento comunicándolo crece y las nuevas tecnologías permiten que el conocimiento funcione rápidamente en bien de todos. Falta la

fórmula para que los creadores reciban la retribución que se merecen y para que las tecnociencias se comuniquen y crezcan libremente al servicio de toda la humanidad.

Por consiguiente, aunque pueda parecer lo contrario, tampoco el capitalismo tiene un proyecto colectivo adecuado a las nuevas sociedades industriales globalizadas, las sociedades de conocimiento, de innovación y cambio continuo. Los intensos movimientos neoconservadores son una prueba fehaciente de esa falta de proyecto, que se quiere remediar volviendo la vista atrás.

El resultado de esta crisis axiológica, que es un auténtico desmantelamiento axiológico de las sociedades, es que existen unas sociedades dotadas de potentísimas ciencias y tecnologías, que evolucionan a gran velocidad, pero sin ningún proyecto axiológico serio que las dirija y que esté a la altura de los nuevos medios instrumentales que poseemos. Como consecuencia, nuestras tecnociencias funcionan como un aprendiz de brujo descontrolado; esto ocurre junto a unas masas humanas desorientadas, regidas básicamente por los instintos más primarios de supervivencia y, si es posible, de éxito económico y personal.

La segunda grave consecuencia es *la mutación de nuestra epistemología*. Una serie de factores nos ha conducido a una mutación grave y profunda de nuestra epistemología: la crisis mortal de los mitos, símbolos, rituales y creencias religiosas como sistemas de interpretación de la realidad garantizados por Dios; más el crecimiento acelerado de las ciencias que suponen una constante transformación de la interpretación de la realidad en todas sus dimensiones, incluidas las humanas, sociales y de comunicación; más la dinámica acelerada y las exigencias de funcionamiento y programación de las sociedades de conocimiento (que reclaman no sólo cambiar lo que convenga cuando convenga, sino estar siempre dispuestos al cambio, en el nivel que sea de nuestra vida).

Las sociedades preindustriales vivían durante milenios haciendo básicamente lo mismo. Sus mitos, símbolos y rituales eran proyectos y programas de vida colectiva elaborados a lo largo de centenares de años, por tanteo y error. Cuando lograban construir un programa colectivo que funcionaba y aseguraba la supervivencia del grupo, bloqueaban el programa, sosteniendo y creyendo que era revelación de los dioses o legado de los antepasados sagrados.

Puesto que las construcciones se hacían a lo largo de milenios, no se era consciente de su construcción y como, además debían permanecer intocables porque debían excluir todo cambio, porque los cambios podían suponer un grave riesgo para la supervivencia, atribuían su origen a la revelación.

A esta actitud, propia de las sociedades preindustriales se añadía la tendencia de nuestra herencia genética, común a nuestros parientes animales, que precisa dar por real lo que modela nuestro cerebro y nuestros sistemas sensitivos y activos. Todos los vivientes tienen que dar por real, para poder sobrevivir, lo que su sistema sensitivo, cerebral y activo modela.

En las primeras y largas etapas de la historia de nuestra especie los mitos, símbolos y rituales completaron nuestra insuficiente programación genética. Continuamos durante milenios dando por real lo que nuestra fisiología y nuestra cultura modelaban. Esta actitud de dar por real lo que nuestras

formulaciones lingüísticas, mitos, símbolos y rituales, dicen y como lo dicen, aunque sea sólo analógicamente, eso es la epistemología mítica, que la llamamos así por la originaron los mitos, aunque se mantuvo más allá de ellos en gran parte de la filosofía e incluso en las ciencias hasta bien entrado el siglo XX.

Los rápidos cambios en los modos de vida, ocurridos para la mayoría en un par de generaciones; las rapidísimas transformaciones de la interpretación de la realidad provocadas por el crecimiento de las ciencias; el crecimiento de la conciencia de que las ciencias y las técnicas son creación humana, modelación y no descubrimiento o descripción de la realidad cómo es en sí misma; los cambios acelerados en los modos de vida originados por la expansión de las tecnologías; la relativización que genera la globalización de todos los sistemas que se querían absolutos y exclusivos; la necesidad perentoria para la gran mayoría de la población de estar dispuestos al cambio, en todo; y la necesidad consecuente de excluir lo que fije, los sistemas intocables de creencias; nos han conducido a una epistemología que ya no es la epistemología mítica, porque es consciente que lo que dicen nuestras palabras, nuestros mitos y símbolos, nuestras teorías y conceptos no describen la realidad, sino que sólo la modelan.

La epistemología mítica sustentadora de la concepción de mitos, símbolos y rituales como sistemas de creencias es incompatible con la conciencia explícita o implícita, pero operativa, de que todo, en todas las dimensiones de nuestra vida colectiva, nos lo construimos nosotros. Todo nos lo construimos nosotros, pero no es mera ficción porque no todo vale; el trasfondo de todas nuestras modelaciones no soporta cualquier modelación. La dimensión absoluta –en cuanto no relativa a nosotros- de lo real no admite cualquier modelación arbitraria. Eso es todo lo que sabemos.

Otra consecuencia es el conocimiento de la función de la lengua como invención biológica para conseguir un viviente sumamente flexible, capaz de responder a las alteraciones del medio o capaz de provocarlas, sin tener que cambiar su programación genética ni su fisiología. Nuestra estirpe tiene determinado genéticamente su organismo, su carácter sexuado, su condición simbiótica y su competencia lingüística, pero deja indeterminados todos los “cómo”. Para poderse hacer animal viable tiene que autoprogramarse colectivamente –es animal simbiótico- hablando.

La lengua tiene una doble función: es instrumento de autoprogramación colectiva –esa sería su función constitucional-, y es instrumento de comunicación dentro del programa que se ha autoimpuesto.

Los mitos, símbolos y rituales, en los que se expresaron las religiones, tienen esa función constitucional de autoprogramación. Con la primera industrialización las ideologías tuvieron la pretensión de sustituir a los mitos en esa función, y lo consiguieron en muchos ámbitos pero no en todos. En las nuevas sociedades industriales de innovación y cambio sustituirán a los mitos y símbolos y a las ideologías los postulados axiológicos (los derechos humanos son un ejemplo de ellos) y los proyectos axiológicos que se construyen desde esos postulados.

La lengua, además de su doble función, constitucional y comunicativa, con la distinción entre el significado de las realidades y las realidades mismas, origina un doble acceso a la realidad, uno en función de nuestras necesidades, un acceso relativo, y otro gratuito, absoluto, no relativo a nuestras necesidades.

Nuestra lengua de humanos modela la realidad, no la describe. Este conocimiento más el hundimiento de la epistemología mítica nos entronca con las restantes especies vivientes no sólo fisiológicamente sino incluso culturalmente. Este es un nuevo paso importante. Ya no podemos interpretarnos ni vivirnos como un compuesto de cuerpo y espíritu, ni tampoco como la versión laica de esta concepción: como animal racional, como naturaleza fijada de la cual se pueden deducir normas de vida, de organización, etc., sino como vivientes que hablan y que deben autoprogramarse en todos los aspectos de su vida para resultar viables. No tenemos una naturaleza concluida, nos la autoconstruimos completando nuestra insuficiente programación genética hablando entre nosotros.

Esta es nuestra *nueva antropología*: tenemos doble acceso a la realidad, podría decirse que doble experiencia de la realidad como relativa y como absoluta. Esta es nuestra cualidad específica. Por este doble acceso a la realidad no tenemos una naturaleza fijada sino que tenemos que construirnoslo todo a propio riesgo. Debemos postular qué queremos hacer de nosotros y del medio en que vivimos, y desde ahí construir nuestros proyectos colectivos a todo nivel, también nuestros proyectos individuales. Nada nos viene dado, ni por los dioses, ni por la naturaleza misma de las cosas, porque todo nuestro saber es modelación y nosotros mismos somos nuestra propia construcción.

Esa nueva antropología no es materialista ni ignora los datos: como vivientes que hablan tenemos un doble acceso a la realidad, uno en función de nuestras necesidades, como los restantes animales, y otro no relativo a esas necesidades, absoluto. Somos capaces de diferenciar entre el significado que las realidades tienen para nosotros, directa o indirectamente, y lo real que está ahí. Precisamente esta distinción, que nos proporciona nuestra condición de hablantes, es el fundamento de nuestra flexibilidad como vivientes y nuestra ventaja competitiva.

Por consiguiente nuestra antropología debe dar cuenta de esa doble dimensión de nuestro acceso a lo real y buscar los medios de cultivarlos ambos, sin que eso comporte tenerlo que hacer como nuestros antepasados preindustriales.

Nuestra situación supone una gran transformación de la antropología y de sus consecuencias. No somos señores de la tierra y de sus habitantes, sino parte de ella; no tenemos una naturaleza completa y fijada, sino que nosotros mismos nos la construimos. El camino de la sabiduría pasa por el cultivo de nuestra doble dimensión de lo real, y no podemos llamar a ese camino de la sabiduría "espiritualidad", porque no corresponde a la antropología que concebimos y vivimos, ni religión porque ya no podemos vivir esa sabiduría como lo hicieron nuestros antepasados y sus sistemas de programación colectiva mediante mitos, símbolos y rituales.

Los mismos factores que han provocado el desmantelamiento axiológico, el hundimiento de la epistemología mítica, la mutación de nuestra concepción de la lengua y de la antropología, han provocado *la crisis mortal de las religiones*.

Las grandes transformaciones que se han mencionado en la parte primera de este escrito son lo que podríamos llamar el fundamento del tsunami cultural que lo invade todo. Ese tsunami también ha estallado en las paredes de las grandes edificaciones religiosas, y esas colosales edificaciones tampoco pueden resistir el impacto de una ola de tal tamaño. No hay iglesia o templo,

por más apartados que esté, que pueda soñar con escapar de la fuerza arrasadora del tsunami, tarde o temprano. ¿Quiénes escaparán de las consecuencias del retroceso acelerado o la desaparición completa de las sociedades preindustriales? ¿Quiénes escaparán de los efectos positivos o negativos de la extensión de la industrialización y la urbanización como una mancha de aceite? ¿Cómo escapar de la invasión de las tecnociencias, las sociedades de conocimiento de innovación y cambio continuo y de sus efectos globalizadores?

De las grandes tradiciones religiosas y espirituales de la humanidad nada se pierde con estas transformaciones radicales, porque su mensaje de sabiduría, de cualidad humana profunda, sigue vivo en sus textos sagrados, en sus mitos y narraciones, en sus símbolos. Sigue vivo sólo si se heredan sin epistemología mítica, sin creencias, como puros vehículos expresivos que ya no programan a las colectividades, ni son sistemas de creencias, ni proyectos colectivos con garantía divina, ni descripciones fidedignas de este mundo y del otro.

Las grandes tradiciones religiosas pueden ser llamadas revelación, pero leídas desde una epistemología no mítica, desde la nueva antropología que nos reinserta en nuestra condición animal y desde las nuevas condiciones de vida de las sociedades plenamente industrializadas y de conocimiento, o en camino hacia esas nuevas condiciones de vida, con toda probabilidad inevitables.

En las nuevas sociedades globalizadas todas las tradiciones religiosas y espirituales son nuestras, todas son herencia colectiva de la humanidad. Entre ellas no hay oposición ninguna y sí complementación, cuando han dejado de presentarse como sistemas de creencias exclusivas y excluyentes.

Desde una epistemología no mítica todas ellas hablan de lo que está más allá de las posibilidades de nuestra pobre lengua de vivientes humanos. Todas bordean con sus formas de comprensión y expresión, de formas diversas, el abismo de eso absoluto, gratuito, innombrable, sin tener ninguna de ellas poder para penetrar en él.

La convivencia de creyentes y no creyentes en el cultivo de la cualidad humana profunda

Nuestras sociedades son mixtas porque en ellas conviven los creyentes, los que podríamos llamar creyentes con serias dificultades y los no creyentes; conviven quienes todavía viven en una epistemología mítica y los que viven claramente en una epistemología ya no mítica; quienes viven los mitos, símbolos y rituales en los que se expresan las religiones como descripciones fidedignas de la realidad, con garantía divina, y los que saben y experimentan que todo son construcciones nuestras. O expresado con la imagen que venimos usando del “tsunami”: conviven quienes todavía, por las razones que sean, no han sido alcanzados por el tsunami, con los que están siendo volteados por las aguas y con los que ya han sido arrasados por el tsunami.

Quienes viven en el seno de una epistemología mítica se oponen frontalmente a quienes no viven en esa epistemología y hay riesgo de que la inversa sea también verdadera. Surge una pregunta que requiere una solución urgente ¿hay alguna forma de pacificar esas dos concepciones contrapuestas y hacer que convivan en paz? ¿Es posible plantear un cultivo de la cualidad

humana profunda que sea viable y compatible entre creyentes y no creyentes? ¿Desde dónde plantear el cultivo de la cualidad humana honda que no divida sino que unifique a los diversos sectores de nuestras sociedades mixtas?

Ese planteo unificador y conciliador no se puede hacer desde la epistemología mítica, porque pretende describir la realidad con garantía divina o con la garantía de la naturaleza misma de las cosas. Tampoco se puede hacer desde la actitud de los creyentes, porque por la naturaleza de la concepción de la revelación resulta ser exclusiva y excluyente. Deberá hacerse forzosamente desde una lectura de los mitos, símbolos, rituales y creencias de las tradiciones religiosas y espirituales de la humanidad, puramente simbólica.

Esas construcciones lingüísticas no pretenden describir la realidad sino modelarla y apuntarla desde esa modelación para que la configuración, que es siempre construcción nuestra, sea trascendida lo antes posible y lo más profundamente posible.

La epistemología no mítica engloba a la mítica. Esta es una constatación importante. Quienes saben y viven que todos nuestros hablars sobre la realidad y, especialmente, sobre la dimensión no relativa a nosotros de lo real, y por tanto absoluta (no en su sentido habitual religioso sino en su sentido etimológico de “ab-solutus”) son modelaciones nuestras, pueden conocer las leyes que rigen esas modelaciones.

Podría decirse que es ley de las construcciones y modelaciones míticas en el seno de las sociedades estáticas, cuya función primaria programar ese tipo de colectivos preindustriales, concebirse y vivirse en el seno de la epistemología mítica. Desde la epistemología mítica se viven y se comprenden esas construcciones como bajadas de lo alto, como revelaciones.

De igual forma será ley de las construcciones y modelaciones al servicio y en el seno de las sociedades de conocimiento, innovación y cambio continuo, tener la conciencia explícita de que todo son modelaciones, “constructos” que se comprenden y se viven desde una epistemología no-mítica.

La comprensión de estos dos tipos diferentes de modelaciones y, en algunos aspectos, contrapuestos, y de las leyes que los rigen, es tarea de la epistemología axiológica. Ella nos orientará en lo que deberán ser nuestras actitudes prácticas.

Quienes viven ya en la epistemología no mítica y, por consiguiente, comprenden y viven los mitos, símbolos, rituales y creencias, como modelaciones humanas que apuntan a lo que no es modelación humana, pero que no cabe en ninguna modelación, comprenden las razones por las que esas formaciones son vividas por otros sectores sociales desde la epistemología mítica. Saben que quienes viven esas figuraciones desde creencias intocables y desde la epistemología mítica, están viviendo un modelo adecuado a un tipo de condicionamiento social y a un tipo de sociedad. La epistemología axiológica les dirá que esa actitud es correcta mientras se mantengan, colectivamente e incluso individualmente, los condicionamientos que la determinan.

Desde una epistemología no mítica se acepta y se comprende esa actitud. Aceptar y comprender está muy lejos de condenar y menospreciar. Teniendo en cuenta nuestro supuesto de que el tsunami tarde o temprano llegará a todos los colectivos y a todos los individuos, ¿qué cabe hacer desde quienes ya no pueden vivir y comprender más que desde una epistemología no-mítica?

Transmitir información, cuando pueda ser recibida, de que hay otra lectura válida, ni más rica ni más pobre, sino simplemente diferente, de los mitos, símbolos, rituales y creencias de la tradición desde unas nuevas condiciones culturales y desde una epistemología no-mítica.

Esa información debiera ser comunicada lo antes que sea posible y de la forma más clara posible; no para rescatar a las personas de un supuesto error o una inferioridad, sino para prepararles para la tormenta que se les avecina inevitablemente. Las transformaciones culturales que estamos sufriendo pueden ser enormemente devastadoras para personas que vivan en las creencias y en la epistemología mítica sin que hayan sido advertidas y preparadas para afrontar lo que se les vendrá encima. Aquí también vale la comparación con el tsunami: quienes fueron informados de su llegada y de su poder devastador no sufren tantos daños como quienes no estaban enterados y les coge desprevenidos.

Hay que comprender y practicar que la epistemología no mítica no es la negación de la epistemología mítica, sino que es la comprensión de que hay dos tipos básicos de modelación adecuadas y coherentes, correspondientes a dos sistemas de vida: el preindustrial estático y el propio de las sociedades industriales llamadas de conocimiento, -no porque sean más sabias que las que les precedieron, sino porque comen y prosperan creando continuamente conocimientos científicos y tecnológicos y, a través de ellos, productos y servicios-. Esas sociedades, en contraposición a las preindustriales estáticas, son dinámicas de innovación y cambio continuo.

Se puede hacer una propuesta de cualidad humana profunda en el que convivan los dos tipos de epistemologías, la mítica y la no mítica, los creyentes y los no creyentes, heredando ambas la sabiduría y los modos de conseguirla de las tradiciones religiosas y espirituales de la humanidad, una desde la creencia y la religión y la otra sin creencias y sin religión. La epistemología axiológica permite esta convivencia.

Además de la ayuda de la epistemología axiológica para la convivencia, hay una ayuda más poderosa: que unos y otros intenten, cada uno desde sus patrones culturales, vivir lo más profundamente posible la cualidad humana. Los que están situados en la epistemología no mítica y en la no creencia, de las tradiciones religiosas sólo les queda la oferta de sabiduría y de los modos de conseguirla enseñados por las tradiciones. Por ahí pueden comulgar con el espíritu de los creyentes.

Por su parte, quienes todavía viven en el seno de la epistemología mítica y de las creencias tendría que exhortárseles para vivieran con la mayor profundidad posible la dimensión profunda de su religión y creencia, lo que en lenguaje tradicional se llamó la dimensión mística. Por ahí podrán comulgar con el espíritu de quienes quieren recorrer el camino de la cualidad honda sin epistemología mítica ni creencias.

El diálogo interreligioso no es un camino apto para esta convivencia profunda, pero puede preparar para ello como primer contacto de quienes se comprenden y se viven como poseedores de la verdad exclusiva y excluyente.

Como resumen: la epistemología axiológica puede contribuir a la convivencia y al trabajo común entre creyentes y no creyentes y es un instrumento potente para evitar los desmantelamientos axiológicos y religiosos en las graves transformaciones culturales que estamos sufriendo. La epistemología axiológica puede proporcionar una conciencia clara de que hay

dos formas capitales de vivir la espiritualidad, o mejor, la cualidad humana profunda: una desde las religiones, las creencias y la epistemología mítica en contextos culturales propios de sociedades preindustriales y estáticas, y otro sin religiones, sin creencias y sin epistemología mítica en contextos culturales propios de sociedades plenamente industrializadas, de conocimiento y globalizadas. Ninguna de ellas es mejor que la otra, sólo corresponden a contextos culturales diferentes.

Sin embargo, lo que es el factor decisivo para la convivencia de la lectura de los grados textos de las tradiciones religiosas desde una epistemología mítica y desde una epistemología no mítica es que unos y otros, cada uno desde sus condicionamientos culturales, intenten vivir en profundidad la cualidad humana profunda, no dándole mucha importancia a las creencias o no creencias.

Fomentar la lucidez teórica y lo que nuestros antepasados llamaron experiencia mística y que nosotros llamaríamos cualidad humana profunda, sería la mejor manera de hacer crecer la cualidad de nuestras sociedades, de mejorar su convivencia pacífica y evitar o por lo menos paliar los destrozos que puedan causar las transformaciones profundas de nuestros modos de vida colectivos.

Aprovechar la religiosidad, que todavía está fuerte en México, para llevarla más allá de las funciones sociales que todavía ejerce, hasta la espiritualidad, la cualidad humana honda. Esa cualidad es la única capaz de soportar con éxito el tsunami que provocan las nuevas sociedades industriales globalizadas, cuando les llegue. Y si no les llegara, cosa que consideramos improbable, habrían crecido en cualidad humana.

Bibliografía.

Algunos títulos que pueden ser de utilidad.

Corbí, M. (1983). *Análisis epistemológico de las configuraciones axiológicas humanas*. Salamanca, España: Ediciones Universidad de Salamanca.

Corbí, M. (1992). *Proyectar la sociedad, reconvertir la religión*. Barcelona, España: Herder.

Corbí, M. (1992). *Conocer desde el silencio*. Santander, España: Sal Terrae.

Corbí, M. (1996). *Religión sin religión*. Madrid, España: PPC.

Corbí, M. (2001). *El camino interior más allá de las formas religiosas*. Barcelona, España: Editorial Planeta

Corbí, M. (2007). *Hacia una espiritualidad laica. Sin creencias, sin religiones, sin dioses*. Barcelona, España: Herder. (Hay traducción portuguesa en Paulus, 2011, São Paulo, Brasil, y traducción inglesa)

Corbí, M. (2009). *Más allá de los límites*. Barcelona, España, Bubok.

Corbí, M. (2010). *Por los caminos del silencio*. Barcelona, España, Bubok